

De pandillas a ‘cricosos’: (in)seguridad y relaciones juveniles a través de dos generaciones en un barrio violento de Guadalajara¹

Gabriela Sánchez López²
gabriela.sanchez@iteso.mx
Danielle Strickland³
danielle@iteso.mx

Resumen

El artículo discute los resultados de una investigación que recupera las experiencias juveniles de dos generaciones en un barrio de Guadalajara reconocido por altos índices de crímenes violentos. Con base en datos recolectados entre marzo de 2020 y agosto de 2021, exploramos los recuerdos, imaginarios y vivencias de hombres de dos grupos de edad, 18 a 23 años y 40 a 45 años, a quienes identificamos como la tercera y segunda generación, con relación a los fundadores del barrio. Partiendo de la asociación entre jóvenes e inseguridad, analizamos el tiempo histórico y el cambio social, con un enfoque intergeneracional. De particular interés son las interrelaciones juveniles en el barrio, así como las nociones de (in)seguridad y las relaciones con la policía. El estudio reveló varios cambios en las maneras en que

- 1 Fecha de recepción: marzo de 2021. Fecha de recepción: mayo de 2021.
- 2 Gabriela es profesora/investigadora de tiempo fijo en el Departamento de Psicología, Educación y Salud del ITESO. Tiene un doctorado en Antropología Social por la Universidad Federal de Santa Catarina (Brasil). Sus investigaciones se enfocan en violencias, infancias y juventudes, salud psicosocial y políticas públicas de poblaciones vulnerabilizadas.
- 3 Danielle es profesora/investigadora de tiempo fijo en el Departamento de Psicología, Educación y Salud del ITESO, miembro del Sistema Nacional de Investigadores (Nivel 1) y especialista del equipo temático de Seguridad y Justicia en el observatorio ciudadano Jalisco Cómo Vamos. Tiene un doctorado en Ciencias Sociales con especialidad en Antropología Social del CIESAS. Sus investigaciones se enfocan en violencias, jóvenes, poblaciones callejeras, educación no formal y educación transformativa en el sistema penitenciario.

los jóvenes interactúan con su barrio, así como algunas constantes que se atribuyen a la endoculturación desde padres que crecieron en el mismo barrio.

Palabras claves: jóvenes, seguridad, policía, drogas, pandillas

Abstract

This article focuses on the results of an investigation regarding the experiences of two generations of youth in a Guadalajara neighborhood known for high rates of violent crime. Based on data collected between March 2020 and August 2021, we explore the memories, social imaginaries and experiences of men in two age groups, 18 to 23 and 40 to 45, whom we identify as the third and second generation, in relation to the founders of the neighborhood. Considering the association between youth and insecurity, we analyze historical time and social change, through an intergenerational approach. Of particular interest are youth interrelationships in the neighborhood, as well as notions of (in)security and relations with the police. The study revealed several changes in the ways in which youth interact with their neighborhood, as well as some consistent characteristics attributed to endoculturation from fathers who grew up in the same neighborhood.

Key words: youth, safety, police, drugs, gangs

Introducción

Una de cada cuatro personas en México tiene entre 15 y 29 años de edad (INEGI, 2018). Entre esta población, más de siete millones ni trabajan ni estudian (INEGI, 2015). El fenómeno de los ‘ninis’ nace de las violencias estructurales y la desigualdad que limitan las oportunidades de educación y empleo formal para la mayoría de los jóvenes. A la falta de oportunidades se le suman diversas formas de violencias físicas, especialmente en las zonas marginadas, creando una compleja red de violencias directas e indirectas. De acuerdo con Rogelio Marcial, “las relaciones entre los propios jóvenes, y de éstos con la sociedad, se han

tornado conflictivas más aún a partir de los procesos de estigmatización y criminalización de muchas de sus actividades, expresiones y formas de organización” (2016, p. 129). Es decir, gran parte de las culturas juveniles se etiquetan como violentas, a menudo sin una justificación válida. Al respecto, según la última Encuesta Nacional sobre Discriminación en México, 63.7% de la población cree que se justifica “llamar a la policía cuando hay jóvenes reunidos en una esquina” (CONAPRED, 2018).

Entretanto, los jóvenes se apropian de la etiqueta de ‘violentos’ que la sociedad les otorga, mientras pocos reconocemos las violencias estructurales subyacentes a esta problemática. Los que se encuentran en este grupo de edad son los principales victimarios, así como víctimas de crímenes violentos (Imbusch, Misse y Carrión, 2011). Aunque se ubican de ambos lados de las agresiones, el imaginario social de los jóvenes se relaciona más con los delitos que supuestamente cometen que con la discriminación y el abuso que sufren.

La violencia directa asociada con jóvenes es especialmente alarmante en Jalisco, el estado con más personas desaparecidas, así como fosas clandestinas a nivel nacional. Específicamente en el área metropolitana de Guadalajara (AMG), alrededor de 77% de los residentes afirma que vivir en la ciudad es inseguro (INEGI, 2021). La mayoría de ellos no confía en la policía, principalmente porque creen que son corruptos (85%) y/o que trabajan en colusión con el crimen organizado (79%) (Demoskópica México, 2021). Además, el 69% de la población metropolitana considera que la delincuencia seguirá igual de mal o empeorará a lo largo del próximo año, reflejando una normalización de la violencia urbana (INEGI, 2021).

Más allá de la edad, en este artículo abordaremos la experiencia de ser joven como “el resultado de una situación social -o situación generacional- compartida por un grupo de individuos que nacieron en una misma época histórica” (Colin, 2021, p.28). Desde ese punto de vista, entendemos la generación como un espacio socio histórico en común, que se construye de manera colectiva y donde, por lo tanto, los sujetos comparten experiencias, recuerdos y perspectivas de vida. El enfoque intergeneracional es útil para situar la experiencia juvenil en el espacio y en el tiempo o a través de los tiempos, pero también, para visibilizar las luchas y maniobras de los actores generacionales para resistir a las “representaciones dominantes de las prácticas asociadas a la definición de su faja etaria” (Lenoir, 1998, p.68,

citado por Brito Da Motta, 2010, p. 240), en este caso, los procesos de estigmatización, marginalización y criminalización asociados con los jóvenes.

La investigación que se presenta en las siguientes páginas se sitúa en un barrio heterogéneo del AMG, renombrado por altas índices de homicidios y otros crímenes violentos. Buscamos explorar el imaginario de la violencia situada, donde los jóvenes de la zona son los principales protagonistas, desde las experiencias y perspectivas de dos generaciones: aquellos que fueron jóvenes en los años noventa y los jóvenes de hoy. El análisis aporta a la discusión sobre los múltiples riesgos de ser joven en una colonia marginada, trayendo a la luz nuevas reflexiones sobre traumas intergeneracionales, las consecuencias negativas de la exterminación de pandillas en años recientes y la manera en que el desarrollo urbanístico del barrio, con numerosos espacios comunes y de convergencia vecinal, se ha tornado un arma de doble filo.

Métodos

Este estudio de corte cualitativo se basa en datos recolectados principalmente con entrevistas grupales, entrevistas individuales y talleres participativos con vecinos líderes de la localidad. Las entrevistas colectivas se llevaron a cabo con un grupo de tres hombres de 40 a 45 años que crecieron en el barrio de interés y siguen viviendo allí, un grupo de cinco jóvenes de 18 a 23 años que practican freestyle⁴ en la plaza de la colonia, y con dos grupos de policías asignados a la zona (cuatro mandos y cuatro elementos de proximidad). También se realizaron entrevistas a profundidad con dos vecinos de la segunda generación ('Wicho' y 'Pollo') y dos de la tercera ('Jerry' y 'Flama'), para profundizar en tres temas de particular interés para este artículo: 1. interrelaciones juveniles y disfrute del barrio, 2. (in) seguridad y tránsito del barrio y 3. la relación entre jóvenes y la policía.

Para complementar los datos proporcionados por estos vecinos y los policías, se recopiló dibujos y textos de estudiantes de una escuela primaria ubicada dentro de la colonia donde expresaron lo que más les gusta y lo que no les gusta de su barrio, y se difundió una breve encuesta a los padres de familia de la escuela sobre el mismo tema. Debido a

4 Es un estilo de improvisación con o sin ritmos instrumentales, en el que la letra se recita sin una estructura en particular.

la pandemia, los padres participaron a través de una encuesta en línea y los estudiantes enviaron fotos de sus dibujos y textos por WhatsApp a sus maestros, quienes las remitieron a una de las investigadoras. A través de esta actividad, se compilaron 16 encuestas de padres y 16 dibujos/textos de estudiantes de distintos grados escolares.

Adicionalmente, se entrevistaron por video llamada a dos autoridades municipales que coordinan iniciativas a favor de la coproducción de seguridad en la zona como parte del programa Ciudades más Seguras de la Organización de Naciones Unidas (ONU), así como a uno de los presidentes de colonos de la zona por teléfono. Todas las entrevistas fueron grabadas y transcritas para asegurar la fidelidad de las citas y para facilitar el análisis de datos. De modo complementario, previo al trabajo de campo se analizaron los datos recuperados por el Ayuntamiento de Guadalajara con la Encuesta de Percepción de Seguridad Ciudadana aplicada a 245 vecinos de 15 a 87 años de edad en el segundo semestre de 2019.

Finalmente, de abril a agosto de 2021, se llevaron a cabo seis sesiones de talleres participativos con un grupo de nueve vecinos líderes de diversas edades y perfiles para hacer un diagnóstico participativo de las principales problemáticas relacionadas con la cohesión social en la colonia y, desde ahí, la construcción de propuestas de mejora. El grupo se conformó por vecinos con diversas trayectorias a beneficio de la colonia que quisieran ser parte de este proyecto. En dos ocasiones participaron mandos y policías de proximidad y en cuatro de las sesiones estuvieron presentes enlaces de Gerencia y/o Participación Ciudadana y Gobernanza del Ayuntamiento de Guadalajara.

Para impulsar la problematización de su realidad y la construcción de alternativas con este grupo, se utilizaron como herramientas metodológicas el sociograma, el flujograma, el árbol de problemas y la construcción de una idea fuerza. Estas sesiones fueron documentadas con grabaciones de audio, la sistematización de los trabajos colectivos, un diario de campo, grabaciones de sesiones de diálogo del equipo de investigación saliendo de cada sesión, y una bitácora colectiva alimentada con datos y reflexiones de las cuatro investigadoras.

Con el propósito de sostener la comunicación y fortalecer vínculos con y entre los vecinos, se organizó un grupo de chat con la app de WhatsApp. Este método de comunicación digital es digno de mención considerando que la presencialidad fue en ocasiones excluida de las pautas seguras de convivencia debido a la pandemia de COVID-19. Conforme la relación entre los vecinos prosperó, el grupo de WhatsApp demostró ser un medio de comunicación

capaz de arrojar una cantidad significativa de datos cualitativos sobre las experiencias intergeneracionales. Asimismo, los mensajes de textos y audios intercambiados uno a uno con los miembros del grupo y otras personas entrevistadas, permitieron reconstruir algunos datos de manera más precisa, intercambiar y corroborar puntos de vista. Resalta en estos intercambios la profundidad en las respuestas, posiblemente debido a la intimidad y proceso reflexivo de responder a solas y no cara a cara con la investigadora. Del mismo modo, facilitó una mayor horizontalidad en la co-construcción de ideas e hipótesis.

Consideraciones éticas

Este proyecto se diseñó con un enfoque horizontal que busca incluir a los vecinos y otros actores comunitarios como participantes en lugar de ‘sujetos de estudio’. Es decir, se pretende aprender y construir conocimientos junto con ellos, sin jerarquías. Por ende, se eligieron métodos para empoderarlos y resaltar su voz mediante el diálogo y otras dinámicas participativas.

La decisión de todos los participantes de colaborar en este proyecto fue completamente voluntaria; quienes decidieron participar recibieron un resumen del proyecto con los posibles beneficios y riesgos, tuvieron la oportunidad de resolver sus dudas en un espacio de confianza, y firmaron una carta de consentimiento informado. Se reconoce que la publicación de información compartida en el contexto de este proyecto pudiera tener repercusiones inesperadas para los participantes. Por esta razón, en el presente artículo los participantes se identifican con seudónimos y se compartió el texto con ellos para detectar cualquier desacuerdo y atenderlo antes de enviarlo a Ixaya para su publicación. También se han ocultado datos que pudieran poner en riesgo la identidad e integridad de los participantes, como el nombre del barrio e información secundaria que lleve a su reconocimiento.

Resultados y discusión

La investigación arrojó tres grandes categorías de interés para este texto: 1) Disfrute del barrio e interrelaciones juveniles, 2) (In) seguridad y tránsito en el barrio y 3) Relaciones entre jóvenes y policías. En las siguientes páginas se desarrolla la discusión de cada una con

base en las entrevistas y otros datos recolectados, explorando con particular atención las semejanzas y las diferencias entre las dos generaciones de interés y las causas subyacentes de los cambios en los estilos de vida juveniles en el barrio.

Disfrute del barrio e interrelaciones juveniles

La colonia donde se llevó a cabo la presente investigación comenzó a ser construida en la década de 1970, expandiéndose en los años ochenta bajo un proceso de pujante urbanización de la ciudad que impulsó grandes desarrollos habitacionales en Guadalajara. Se trata de un asentamiento mixto compuesto por amplias casas unifamiliares y edificios multifamiliares de interés social, promovidos por Fovissste e Infonavit, con base en un modelo de vivienda heredado de la Ciudad de México.⁵ A diferencia de los cotos o fraccionamientos cerrados que comenzaron a proliferar en los años noventa—caracterizados por muros que sectorizan la composición vecinal y enfatizan la segregación social como una alternativa de exclusividad para las clases medias y altas—este barrio fue planeado alrededor de espacios de concurrencia vecinal, interconectados y comunes a todos los habitantes. La planeación urbanística de la colonia tuvo dos consecuencias de interés para el análisis de las interrelaciones juveniles: 1) el ordenamiento territorial a partir de las diferencias de clase social y 2) las relaciones, intercambios y conflictos que devienen tanto de los espacios comunes de convergencia vecinal -trazados en el diseño original de la colonia-, como de su céntrica ubicación.

En términos de paisaje, el crecimiento vertical y horizontal de la colonia se funde en un horizonte de numerosos parques y plazuelas arboladas, así como espacios comunes y andadores donde predominan jardines y jardineras. Otro de los atractivos de la colonia son las unidades deportivas. No obstante, y como será analizado en el apartado de (in) seguridad, los vecinos del barrio reconocen que muchos de los espacios públicos se han deteriorado y ahora se identifican más por la inseguridad que la convivencia vecinal. A pesar de los altos niveles de inseguridad, las generaciones estudiadas concuerdan en que el crecimiento de la ciudad ha potenciado la plusvalía del barrio al convertirlo en zona céntrica y accesible. En palabras de Flama, “tienes todo a cercanías, literalmente tienes un transporte que te atraviesa

5 Comunicación personal con el historiador Luis Gerardo Mercado, Archivo Municipal de Guadalajara.

la ciudad en cuestión de unos cuarenta minutos o una hora por muy tardado que sea y pues lo tienes a una corta distancia”. Consideran que la colonia está bien equipada en el aspecto urbano: cuenta con servicios de transporte público o vías de acceso a los nodos urbanos, una amplia gama de comercios, centros de apoyo social y atención a la salud. Además, cuenta con nueve preescolares, siete escuelas primarias, cuatro secundarias, una preparatoria y una universidad técnica.

De acuerdo con la tercera generación, la centralidad del barrio y sus espacios públicos lo convierten en un punto de reunión y referencia para jóvenes de otras latitudes, que propicia intercambios tanto culturales como deportivos, autogestionados por ellos mismos. Por ejemplo, a partir de 2018 el barrio se ha posicionado como escena de freestyle. Las convocatorias a batallas de freestyle en la colonia se facilitan porque, debido al transporte público, es sencillo que los jóvenes que provienen de otros puntos de la ciudad coincidan en la plaza del barrio.

Pues ahí en la plaza hay muchas [batallas de freestyle]. Mira, a lo mejor está mal que te lo diga, pero en lo que eran tiempos de pandemia, de que “no salgas, no salgas”, nosotros estábamos aburridos y nos juntábamos ahí como 10 personas y pues era de que cada sábado: “vamos a practicar, hacemos un torneo exprés de 10 pesos” (...) Y pues, ahí en la Plaza nos juntamos morros como de muchos puntos (...) [Es una colonia] que está bien comunicada, que es fácil acceder. Tiene muchos problemas, pero también, puede que me contradiga, pero la comunidad... nos comunicamos, somos unidos. (Jerry)

A pesar de la relevancia artística y de los talentos locales que cultiva, la escena freestyle es estigmatizada y suele relacionarse con el uso de drogas. “Yo rapeo, pero no consumo drogas y todas las personas que me conocen y que saben que rapeo saben que no consumo drogas, sin embargo, todas las personas que conocen el rap o que escuchan hablar de rap dicen, ‘ay no, porque todos los raperos son unos drogadictos’”, explicó Flama.

Los jóvenes no cuentan con apoyo o permisos por parte del ayuntamiento para reunirse alrededor de la plaza del quiosco, aunque tampoco se les prohíbe hacerlo. Por el contrario, las pocas limitaciones provienen de los particulares que se encargan de dar manutención al

espacio público en donde se reúnen. Aunque la electricidad la cubre el ayuntamiento, las instalaciones y el cableado eléctrico reciben mantenimiento por parte de un jubilado que cuida la plaza⁶, y que en ocasiones dificulta el acceso de los jóvenes a la energía eléctrica, en buena medida, por el recelo y como consecuencia de múltiples robos del cableado en busca de cobre a manos de los chichiflines o cricosos, nombres comunes con los que se identifica a las personas que consumen metanfetaminas o cristal.

A pesar de las condiciones de abandono e inseguridad, es importante subrayar que ambas generaciones han vivenciado su colonia como un espacio de encuentro, vinculación y esparcimiento con otros jóvenes:

Convivíamos, o sea, ve, el [Pepe], [Ned], o sea, todos, [Saulo], todos éramos de diferentes lados, y qué, a nosotros nos unió la chela y la música, y no a todos nos gustaba la misma música, pero el rock era algo que nos jalaba, y en aquel entonces no había internet, “güey compré este disco, compré este caset” y era lo que nos juntaba a nosotros, o sea, a nuestra bolita que llegamos a ser como cien. (Pollo)

Hablando de mi colonia, me gusta mucho su ambiente, nos podemos juntar muchachos de 11, 15 o 17, incluso hay uno de 27, que nos llevamos de igual a igual, no importa que uno sea menor y otro esté más vejete. Eso es lo bonito, una cerveza no se le niega a nadie y creo que eso se respeta en cualquier calle, entonces las risas nunca nos van a faltar, es más, lo único que nos falta es la garganta. (Jerry)

En el barrio otro punto de intenso intercambio juvenil son las unidades deportivas. Muestra de ello son las ligas y partidos de fútbol, en donde convergen jóvenes de diferentes colonias. Participantes de la segunda y la tercera generación coinciden en que estos eventos congregan a una población muy diversa: “hay ligas de mujeres, ligas de chavos que son gays, ¿no? También hay algunos que son viciosos, pero les gusta el deporte también,” explicó Pollo. Debido a la variedad de espacios públicos, en el barrio también se han organizado grupos de

6 Ante el descaso del ayuntamiento, el mantenimiento de los jardines y espacios públicos por parte de particulares ha sido la única manera de conservar en buen estado la colonia. No obstante, también es importante destacar que los esfuerzos de personas particulares para remozar y sostener estos espacios, genera tensiones y conflictos históricos entre los vecinos.

entrenamiento deportivo que se ejercitan al aire libre. No obstante, los jóvenes que practican deporte señalan la inseguridad en los espacios establecidos para ejercitarse. De acuerdo con información recabada en los talleres participativos, los jóvenes se reúnen a entrenar en grupos para estar más seguros:

Ahí, antes había una carretita que vendían crepas. Por ahí nos juntábamos a entrenar, porque siempre había gente, aunque fuera un poco tarde, y eso lo hacía más seguro, más tranquilo todo. Luego quitaron la carretita, y fue así, de la noche a la mañana que todo cambió y se vinieron más asaltos. Yo he visto que esa es la única forma, estar donde hay amucha gente para que sea más seguro. Por eso a mí me gustaría que se organizaran cosas para estar en la calle hasta tarde. (Heriberto, tercera generación)

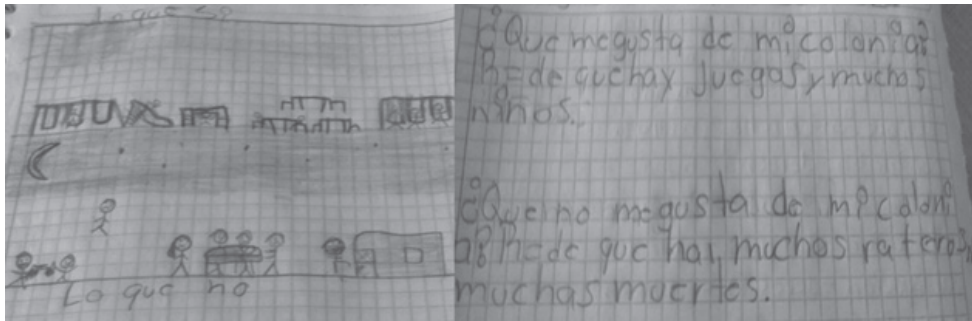
Contrario a las representaciones hegemónicas que acusan el involucramiento actual de los jóvenes con el crimen organizado y las drogas, en el barrio existen diversas expresiones artísticas y deportivas que dejan ver con claridad la manera en que por lo menos una parte de esta generación resiste, ocupando espacios públicos para otro tipo de pasatiempos y actividades. En ese sentido, el barrio sigue siendo un eslabón para la interrelación juvenil.

Es notorio que vecinos de todas las edades coinciden tanto en la plaza central como en otros espacios públicos del barrio, siendo común su organización por grupos de edad. No obstante, de acuerdo con la segunda generación, los parques y unidades deportivas no tienen las condiciones adecuadas ni las deseadas, principalmente para el disfrute de los niños. En los espacios comunes se producen coaliciones debido al uso tan ecléctico que hacen de éstos los diferentes grupos que ahí coinciden. Por ejemplo, durante una observación en campo en la plaza del barrio, una vecina que cuidaba a su hijo mientras éste jugaba en un trampolín, manifestaba su descontento en compartir el espacio con jóvenes que fumaban marihuana muy cerca de los juegos infantiles. En palabras de Ebrí (segunda generación), en la colonia, “se ha descuidado todo lo que vienen siendo los espacios públicos, las áreas verdes; no hay un espacio donde los niños o la gente mayor vaya a distraerse, donde se junten, donde haya una actividad.” A pesar de la crítica de los adultos sobre el deterioro de estos espacios, los parques son lo que más les gustan a los estudiantes de primaria que participaron en la

investigación; 69% destacaron estos espacios como uno de los tres mejores aspectos de la colonia, tal como se ve en la Figura 1.

Figura 1

Dibujo de estudiante de sexto de primaria sobre lo que le gusta y no del barrio



No obstante, se nota una pérdida paulatina de espacios de esparcimiento infantil al aire libre debido a la inseguridad, contrastando drásticamente con los recuerdos de la segunda generación sobre una infancia con acceso y dominio de las calles del barrio.

En esta calle se hacía puente de tanto árbol que había, todas las casas tenían árbol y se hacía un puente bien chido (...) jugábamos a las escondidas y yo me acuerdo de que pos nunca me encontraban, porque yo me subía aquí al árbol, porque estaba grandísimo, y daban las ramas a la azotea, y yo me subía a la azotea y viendo a todos los pendejos buscando (...) y ya me bajaba bien tranquis y ¡PA! ¡PA! ¡Uno, dos, tres por todos! [...] éramos un montón. Sí, pero, la neta sí hubo un tiempo que la colonia sí estuvo chida. (Ned, segunda generación)

Por otro lado, los jóvenes que nacieron después del año 2000 rememoran las limitaciones en el acceso a la calle, dando cuenta de un recrudescimiento de la violencia:

A mí de niño pues, gracias a mis abuelos, la casa es grande, y a mí de niño recuerdo que llegaba del kínder, de la primaria, y mi mundo era la casa, me tenían triciclo, juguetes, bicicletas, pelotas, pero a mí no me dejaban salir y te digo, nomás que quede como anécdota. En una ocasión se me ocurrió salir porque yo quería aprender a andar en bicicleta, y de buenas a primeras empezaron a tirar balazos, entonces pues de por sí no me dejaban salir y ya con ese antecedente ya como que me encerraban más. (Jerry)

Esta condición llevó a Jerry a conocer el rap por medio de redes sociales, y fue así como comenzó a practicar *freestyle*: “me encerraba en mi cuarto y yo solo, yo solo con una bocina”. En general, los jóvenes de la tercera generación han crecido con una mayor tendencia al aislamiento social; inclusive, se justifica un reforzamiento de su protección, limitando el acceso a espacios públicos, potenciando así la pérdida de su autonomía relativa.

(In) seguridad y tránsito por el barrio

Dentro de esta categoría, se destaca la intensificación y generalización de la inseguridad en todos los espacios de la colonia con la multiplicación de los asaltos y otras formas de agresión interpersonal en los últimos años. Las dinámicas generacionales se han visto en una encrucijada a partir de la presencia del crimen organizado y del tráfico de drogas, fenómenos estrechamente relacionados. Como veremos a continuación, esta condición marca un antes y un después para la experiencia de ser joven en el barrio.

Los numerosos y amplios espacios públicos que caracterizan el barrio se han tornado en un arma de doble filo: siguen siendo los espacios preferidos de los niños y aprovechados para realizar diversas actividades recreativas, pero son más peligrosos que nunca, sobre todo a partir de las ocho de la noche. Los participantes de ambas generaciones notaron el peligro de permanecer en la calle a partir de esta hora. Asimismo, los dos grupos concuerden que históricamente aumentan los riesgos de robos y agresiones interpersonales en los espacios olvidados, vandalizados, oscuros y sin manutención y, como se mencionó arriba, que los grados de cuidado o abandono de cada espacio depende del esfuerzo de particulares. La asociación entre inseguridad y abandono de los espacios públicos coincide con la teoría

conocida como la ventana rota, que sostiene que los espacios urbanos marcados por el desorden y la indiferencia propician otras transgresiones, en este caso, de tipo criminal (Van Der Weele, et al, 2017). Sin embargo, a pesar de esta asociación, ambas generaciones reconocen que los asaltos y agresiones interpersonales son cada vez más comunes, ocurren a toda hora y en cualquier parte de la colonia.

Antes te asaltaban en los andadores, ahorita ya en todas las páginas y las noticias que dan en Facebook se da uno cuenta de que mañana, tarde, noche, en la avenida, donde sea, ya literal donde sea... (Pollo)

Uy, pues a un amigo le abrieron el carro, a otro amigo le robaron su celular. De hecho, a uno de mis compañeros de secundaria, vino aquí a mi casa a hacer un proyecto y dando la vuelta ya lo estaban asaltando. También hubo un caso de acoso muy severo con una de mis amigas, ese estuvo muy feo, hubo contacto físico y todo. Por ese lado si está como que peligroso. (Jerry)

Durante una entrevista grupal en la que utilizamos un mapa, los jóvenes de la escena freestyle rodearon el barrio con un círculo rojo para resaltar que toda la colonia es una zona de alto riesgo para asaltos, remarcando también las inmediaciones del sistema de autobús de tránsito rápido.

De acuerdo con la segunda generación, los asaltos en la colonia son comunes desde hace más de veinte años, la diferencia es que antes eran a puño limpio, o a lo más, con armas punzocortantes, pero “ahorita todos traen pistola” (Pollo). Los asaltos también tenían otros móviles, como, por ejemplo, fomentar una reputación como valiente. Por aquel entonces, los asaltantes eran jóvenes del barrio conocidos por la mayoría; “literalmente se sabía quiénes eran [los que asaltaban]” (Pollo). Además, las avenidas se reconocían como espacios seguros.

Como en cualquier barrio, sabes por dónde caminar y por dónde no, pero, sabías donde no estaba caliente, no estaba pesado, pues era mi camino para la prepa ¿no? no me podía ir por la avenida porque tenía que rodear mucho, entonces, siempre me iba por andadores y no era seguro 100% pero, te reitero, como conocía un

montón de gente, de repente se me acercaban güeyes “ah, qué onda, ¿cómo estás güey?”, “chido, chido”, “qué onda, a la escuela”, “sí”, “¿qué no traes un veintón para que alivianes?”, “hoy no, güey, pero te lo debo para mañana”...y ahí estaban al siguiente día esperándote ¿no? por sus 20 pesos; y por eso no me asaltaban porque conocía a un chingo de gente pero, de que era peligroso, era peligroso; lo más seguro siempre fue caminar por la avenida y no a deshoras, yo jamás tuve problema con el tránsito por andadores, pero sí era peligroso, de que era peligroso, era peligroso. (Wicho)

Al respecto, se presenta una narrativa que representa a los asaltantes de antes como “raterillos”, exhibiendo una cierta incompetencia o insinuando, inclusive, una inocente afición, que no es comparable con los asaltantes de ahora.

[Los que asaltaban antes] nomás era para traer lana, para invitar a la novia. Pero te digo, la mayoría trabajaban de una u otra forma, porque la ropa que usaban, la ropa de Dickies y lo que se compraban no era barata en aquel entonces, ni ahorita, y pues entre más mejor vestidos se viera, como que tenían más pegue con las chavas que andaban en su rollo. (Pollo)

En la actualidad, ambas generaciones coinciden en que el móvil de los asaltos está relacionado con el consumo de drogas, particularmente con la adicción al cristal:

Toda esta delincuencia viene por la droga ¿qué tipo de droga? Cristal; ahorita el cristal los está volviendo locos, hacen lo imposible por conseguir una pinche piedra, o sea, desde robarse alcantarillas, o sea, ¿cuánto necesitan pagar por una alcantarilla que se robaron? Pero lo hacen ¿no? o sea, con tal de conseguir una piedrita, van y se roban pedacitos de metal, van y se roban una silla, o sea, imagínate, si te ven en la calle con pinta de que traes lana, ¡agárrate güey!, por supuesto que te van a querer asaltar. Entonces, esos güeyes desesperados por el cristal y los otros güeyes peleándose la plaza por venderla, claro está, ¿por qué?

porque es un negociazo, es un negociazo y estamos invadidos de muchachos adictos al cristal. (Wicho)

Aquí el que asalta es cricoso, 100%. Roban no más para mantener su vicio. Y por eso es una robadera en la colonia, porque cada vez está más descontrolado. Para mí es lo peor que ha pasado aquí. (...) Hay una frasecita que utilizamos mucho mis compas y yo...que es, “saca un ciego”. Esa madre es de los cricosos que llegan a pedirte fería o a quererte tumbar. Los que llegan de buena manera te dicen “saca un ciego, perro”, los que llegan de mala manera no más te dicen, “tumbese, puto”, o sea, más que nada lo hacen para satisfacer su vicio y tener algo para consumir. (Flama)

Ciertamente, en los últimos años se ha incrementado el consumo de cristal en el barrio. De acuerdo con cifras del Centro de Integración Juvenil (2019), en el estado de Jalisco se muestra un incremento sostenido desde 2009 del porcentaje de menores de edad que solicitan tratamiento por adicción a las metanfetaminas. Este porcentaje se disparó a partir del 2014, cuando 10% de la población en tratamiento eran menores de edad, a representar el 45% de la población en centros de rehabilitación en 2018. Según datos del SISVEA (2020), el 42.8% de los pacientes atendidos que refieren como droga de impacto las metanfetaminas, iniciaron su consumo entre los 15 y 19 años. Flama (tercera generación), mencionó cómo esta droga ha impactado de manera grave a varias personas con las que ha crecido en el barrio:

Muchos conocidos que yo tenía se perdieron en el cristal y uno que otro falleció a causa del cristal y pues es algo feo, ¿sabe? El que los niños con los que yo me juntaba cuando estaba chico, que hayan muerto por culpa de una sustancia siendo que no eran personas malas, o sea, siendo que la probaron por curiosidad y que se quedaron estancados ahí porque no tuvieron una orientación con las drogas y eso es algo que me da bastante para abajo. (Flama)

Los entrevistados consideran que se trata de una droga muy accesible, “ya nomás con un whatsappazo la consiguen” (Wicho); y a diferencia de los años noventa cuando el consumo

de drogas se asociaba más con los jóvenes, se nota más diversidad en la población de personas que consumen cristal. En palabras de un vecino de la primera generación con el que conversamos en los recorridos por el barrio:

El ‘chichiflin’ agarra todo, mujeres, hombres. Lo que me da tristeza es ver tanta muchachita, jovencitas, de 17 o 18 años, aquí uno las ve, porque llegan con los camaradas que uno conoce de vista, y ahí andan las pobres desesperadas por la méndiga droga.

Otro de los cambios notados es la gravedad de las agresiones interpersonales y cómo el riesgo de ser asaltado ya no se limita a los andadores oscuros.

Yo no me atrevo a andar en la madrugada en la calle caminando, si ya, de por si por la tarde se me hace peligrosón, o sea, justo hace tres meses mi sobrino, tú lo conoces, grandote, es un chavo que mide 1.90, venía de correr, digo, a saludar a su mamá, se le hizo tarde y a las 11 de la noche caminando por [la avenida principal], se le acercaron y lo golpearon, pero gacho, terminó en un hospital, y lo navajearon [...] pregunté ¿por qué? ¿qué pasó? “nada, nomás estaba caminando en la calle...” (Wicho)

A partir de 2012, la escalada de violencia en la colonia ha sometido a la comunidad a una pérdida paulatina del valor de la vida, que se expresa en numerosos homicidios, pero también, en la exposición pública de la muerte y de cuerpos mutilados, que refuerzan la crueldad y normalizan el terror.

Es algo mal todo eso, yo siento que está mal que estén haciendo todo ese tipo de cosas porque al final de cuentas es una vida y siento que lo más justo sería que les tocara cárcel, no que los torturaran o les hicieran tanto daño para matarlos, o sea si lo vas a matar... ¿por qué pasarte de lanza? ¿por qué cortarle los dedos? ¿por qué mocharle la mano? ¿por qué cortarle las venas? ¿por qué hacerle cortadas? ¿por

qué enterrarle cosas? ¿Por qué hacerlo sufrir tanto? Si de todos modos lo vas a matar, ¿por qué hacerlo sufrir tanto? (Flama)

La Tabla 1 resume los sentimientos de seguridad en varios espacios de la localidad estudiada durante el segundo semestre de 2019. Llama la atención que menos del 10% se sienten seguros en la calle o en el mercado; el porcentaje solo aumenta levemente con respecto a los parques.

Tabla 1
Sentimientos de seguridad en el barrio estudiado

	En casa (n=108)		En la calle (n=106)		En el mercado (n=95)		En los parques del barrio (n=77)	
Seguro	57	52.78%	10	9.43%	9	9.47%	11	14.29%
Inseguro	45	41.67%	62	58.49%	62	65.26%	52	67.53%
No aplica	0	0.00%	28	26.42%	18	18.95%	6	7.79%
No sabe/ No responde	6	5.56%	6	5.66%	6	6.32%	8	10.39%

Nota: Datos de la Encuesta de Percepción de Seguridad (Ayuntamiento de Guadalajara, 2020).

Como veremos a continuación, en los noventa el barrio fue dividido en territorios de pandillas y otros grupos juveniles, un fenómeno que ya no existe. Esta observación nos propone una interrogante, ¿Habría menos violencia si el barrio aún se organizara con esta claridad?

Territorios de pandillas, fresones, rockeros y cholos

La colonia se extiende en un terreno irregular dominado por colinas con calles y avenidas que se abren paso a través de un ordenado laberinto que parece desafiar las diferencias sociales, obligándolas a coincidir. Debido a su planeación, el barrio tiene una composición de clase muy diversa desde su origen; coexisten en un espacio urbano en aparente convivencia, pero con fronteras socioeconómicas muy definidas. En términos de la distribución de los espacios, diferentes interlocutores opinan que las familias privilegiadas solían vivir en las avenidas y los vecinos de menos ingresos en los andadores. La marcada distinción de clases en la colonia puede rastrearse a partir de la primera generación identificada como los fundadores, quienes fincaron en la zona en la década de 1970. Desde entonces ya existían al menos dos tipos de familias jóvenes: aquellas sostenidas por profesionistas con acceso a trabajos formales y los obreros que obtuvieron sus viviendas en el barrio laborando en empresas o fábricas circunvecinas a la colonia, así como otros trabajadores por oficio, como ferrocarrileros, mecánicos y taxistas. Entre estos, también se cuentan los obreros de la construcción que laboraron en el levantamiento de la colonia y que recibieron sus viviendas como fruto de ese trabajo. Pollo expresa las diferencias de clase del siguiente modo: “también eran muy diferente los trabajos de los papás, o sea, mi papá contador, adentro de aquel lado [...] pues eran cargadores del [mercado] de abastos o cosas de un poco menos de estudios”. Hasta la fecha, las dos generaciones estudiadas coinciden en que las interrelaciones juveniles en la colonia están permeadas por el ordenamiento territorial de acuerdo con la clase social y las fronteras no visibles que estas distinciones producen. Wicho recuerda estas diferencias del siguiente modo:

Nosotros éramos los fresas, los que traíamos buena ropa, los que sus papás tenían coche en aquel entonces [...] pues no era común que una familia tuviera coche en esta colonia; entonces sí era como dividido ¿no? Depende dónde nacías, como yo en una avenida, pues me juntaba con los güeyes de la avenida y no era común que nos juntáramos con los güeyes que vivían una calle a espaldas, porque justo atrás de con nosotros vendían droga, se drogaban todo el tiempo, eran bien cholos. Te cruzabas una calle hacia con nosotros, y ya pues nos veías vestirnos con ropa de surf, de Quicksilver o Billabong, o sea, sí era bien marcado. Pero no era que

nos discriminaran o peleáramos con ellos; pues creces en barrio y aprendes a hablar pues como ellos, no a mezclarte con ellos, pero sí a convivir con ellos. Por supuesto, tienes que pelear ¿no? te tienes que agarrar a chingadazos de vez en cuando para que no te agarren de bajada, que no vean que eres un pendejo.

Un argumento semejante esgrime Flama al respecto de la fragmentación social de su barrio:

Los de allá son como los fresones de la colonia, los que tienen varo, se podría decir. Los de este otro rumbo son como más underground, esos vatos son raza que salen acá, con camisetas de tirantes y con un toque de mota y una caguama en mano y andan pedos veinticuatro siete. Y los niños están aventando piedras y agarrándose a palazos y cosas así. Eneste lugar todo se diferencia por zonas. Es una colonia bastante peligrosa a mi punto de vista y al punto de vista de todos los que viven ahí, pero es dependiendo de la zona en la que estés. Por ejemplo, si vives por el lado fresa las personas de ahí no te hacen nada por el simple hecho de que vives ahí, pero si los del lado fresa se bajan a donde están los otros, te agarran a madrazos porque eres fresón.

Históricamente, la organización del territorio en función de la clase social y tribus juveniles ha generado una convivencia en permanente tensión, que, como veremos más adelante, también se expresó en la proliferación de pandillas juveniles durante la década de 1990. Como lo hacen notar ambos grupos generacionales, la violencia física ha sido una constante para resolver las tensiones derivadas de la distinción y la convivencia entre clases sociales, aunque en el pasado, las agresiones físicas se ejercían también con motivo de las rivalidades entre las diferentes culturas juveniles: “Yo corría por todos lados porque no podían ver a un greñudo en aquellos entonces, o sea, uno traía el pelo largo, y literal, un cholo, ‘pinche joto y greñuda’ y cosas así,” recuerda Pollo.

Al respecto de las rencillas por territorio, de acuerdo con Flama, los avances de otros grupos sobre el barrio se repiten, aunque con menos frecuencia, exigiendo habilidades para hacerles frente mediante la violencia física: “Me ha tocado el tener que defender la cuadra

donde vivía porque se quiso repetir lo mismo que estaba pasando con mis papás de que no se podían meter a la cuadra porque los sacaban a madrazos.”

Estos datos revelan que la violencia física ha sido un modo de posicionarse frente a la alteridad juvenil exhibiendo competencias de sociabilización masculina en el barrio, que no son exclusivamente negativas. Bajo ese contexto, este tipo de sociabilización es productiva en la medida en que se torna un aprendizaje para resistir y generar estrategias que les permiten habitar la colonia, en palabras de Wicho, “pues creces en el barrio y aprendes”. Tres décadas después Flama pasa por una experiencia parecida:

Crecer ahí es algo muy bonito porque desde niño te orientan a cuidarte de todo el malendreo y todo ese tipo de cosas, pero obviamente nadie está exento de eso aquí, de tener que lidiar con eso, de aprender a cómo resistir a todo eso.

Estas semejanzas pueden ser vinculadas a un proceso de endoculturación que se transmite de padres a hijos, como estrategias para crecer y/o sobrevivir en un barrio violento.

Como que crecimos escuchando esas historias y todo el rollo y cuando llegaba alguien de otra cuadra o de otro barrio pues lo sacábamos a madrazos y pues como nosotros desde chicos nos enseñó mi papá que hay algo a lo que se llamaba ‘tiro de caballeros’ y era algo que aun si te llegaran 20 cabrones a madrearte a ti solo, que siempre y cuando tú les dijeras “un tiro de caballeros”, era uno contra uno y no se valían ni piedras, ni palos, ni golpes en el suelo y parados y todo por el estilo. Por eso he aprendido bastantes cosas y no soy una persona fácil de engañar, se podría decir, porque pues ya mi papá me dijo un montón de cosas que pueden pasar, que van a pasar, qué se hacen, qué no se hacen, qué se dicen, qué no se dicen. (Flama)

Los ‘tiros de caballeros’ han caído en desuso y las peleas han dejado de estar mediadas por los códigos cimentados en ganar reputación como valientes. A juicio de Flama: “ha cambiado el tiempo a cómo me dice las cosas mi papá que eran antes (...) [ahora] cuando

menos me lo espero, ya me están rodeando 10 cabrones y pues ahí es pegarle a los que veas más pendejos y echarte a correr y vámonos”.

Otra diferencia con respecto a la experiencia juvenil de los años noventa es que las agresiones que ahora resultan más amenazantes como los levantones, la desaparición forzada y la muerte violenta, son impersonales, es decir, no hay ninguna característica que haga referencia a la particularidad de los grupos que se enfrentan o son victimizados. Este rasgo impersonal de la violencia generalizada se expresa en las víctimas por supuesta confusión, que son leídas como víctimas sospechosas, figuras que carecen de legitimidad social, por su asociación inmediata con la economía moral de la guerra contra el narcotráfico, que parece haber dividido a las víctimas entre merecedoras de la violencia o inocentes (Durin, 2019). A propósito, Flama refiere que a un amigo de su padre lo levantaron confundiendo con otra persona. El cuerpo, con huellas de tortura, fue abandonado en un supermercado de la colonia:

Le pusieron una nota que decía nos equivocamos (...) era buena persona y pues yo siento que por eso las personas no deberían de juzgar a los muertos que están llevando. A mí [también] me llegaron a levantar porque me confundieron con una persona y estuvieron a punto de matarme y pues se sintió bastante feo y a las personas que les platico sobre esto dicen: “ay, este vato andaba en malos pasos”.

El fin de las pandillas

Una característica importante del barrio en la década del noventa era la presencia de pandillas.

...era muy normal que si conocías a alguien le preguntaras con quién se juntaba y te decían alguna de las pandillas, aunque no fueran miembros activos de la pandilla... había muchas por todo el barrio, como cada cuatro o cinco cuadras había un grupo de chavos que se ponían algún nombre extraño y así por toda la colonia. (Wicho)

En general, los jóvenes se juntaban con sus vecinos más cercanos para formar las pandillas. “Era raro que se daban casos de que de un barrio se juntaran en otro, y hasta tenían broncas en su mismo barrio porque se juntaban con otros (...) estaban muy marcados los puntos,” explicó Pollo, quien estima que algunos grupos llegaron a tener hasta doscientos miembros. A veces había peleas entre los diferentes grupos, pero eran contados los que generaban un sentido de inseguridad para los vecinos alejados de la cultura pandillera.

A lo mejor [los pleitos eran] por territorio, por chavas, ¿no? Lo que los orillaba a que se pelearan la verdad, o sea ya si uno de espaldas se cruzaba para allá, ya lo querían madrear, o sea, nomás por el simple hecho de pasar, yo creo (...) pues empezaba uno-uno y al rato de ese uno “ah no, güey me madrearon”, al final iban toda la bola, regresaban más bolas y así era de... pues como para ver quien tenía más fuerza, quiénes eran más, quiénes podían controlar. (Pollo)

El barrio ya no se caracteriza por riñas entre pandillas, sino por homicidios con arma de fuego. Es decir, en vez de valorar la pelea a ‘puño limpio’ como se hacía cuando la segunda generación pasaba por su juventud, hoy en día la violencia del barrio se vincula principalmente con el tráfico y consumo de drogas, particularmente de cristal (asaltos por parte de los consumidores que han desarrollado una adicción y peleas por el territorio entre vendedores).

Marcial y Vizcarra (2017) describen este cambio generacional como una evolución de la ‘violencia simbólica’ de las pandillas, cuando se estimaban las habilidades de pelea y los valores propios que cimentaban toda violencia del grupo, a una ‘violencia real’ donde el uso del arma de fuego es una forma más eficiente para establecer el poder del individuo o el grupo.

Los veteranos de la vieja escuela argumentan que la violencia tiene sus ‘reglas’, no debe usarse indiscriminadamente ni con demasiada alevosía. Siempre deben respetarse ciertos códigos para ejercerla según reglas que tiene que ver con otra dimensión de la hombría, de la masculinidad: el respeto. Los mismos veteranos

se dicen sorprendidos por la forma generalizada y descontrolada con la que los 'morros' (desde 10 hasta 15 años de edad) de 'ahora' ejercen violencia hacia los demás, 'casi con cualquier pretexto'. Esta otra forma de usar la violencia, estamos convencidos, tiene que ver con el ejemplo del crimen organizado en sus comunidades (Marcial y Vizcarra, 2017, p. 155).

Junto con esta transición en la violencia, se nota la diferencia entre la identidad pandillera, marcada por caprichosos códigos de vestimenta, a un estilo juvenil más homogenizado. Como explicó Pollo, "Pues literalmente en aquel entonces era rock y cholos. Todos los que crecían -que sus papás tenían un poquito más dinero-, [eran los] 'fresitas', en sus carros...". Ebbri (segunda generación) reafirmó esta idea en el chat del WhatsApp del proyecto:

Sí, teníamos dos estilos. El de los cholos fue cuando se estrenó por primera vez la película de Sangre por Sangre y la de Santana ¿americano yo? Recuerdo que todos queríamos ser cholos y al mismo tiempo surgieron los rockeros que vestían ropas oscuras, zapatos de plataforma, pantalón llamado gorila, camisas de varios grupos de la época, por ejemplo, Cuca, Maldita Vecindad, Caifanes.

Los códigos de vestimenta se han vuelto cada vez más difusos y homogéneos, en contraste con los pandilleros que se identificaron con tatuajes, colores y notables estilos de vestimenta. En el caso de los consumidores de cristal, el deterioro físico de sus cuerpos se hace evidente con el avance de la adicción, pero no se asocia un estilo estético o de vestimenta con ellos. Hoy en día, los estereotipos relacionados con la vestimenta de los narcos parecen ser mínimos: "vestirse con ropa de marca, tener una cadena cubana en el cuello" (Jerry). Por lo tanto, hay una cierta invisibilización de las personas vinculadas con las 'plazas' locales del crimen organizado (Strickland, 2019).

Al caminar por las calles en la noche, se notan grupos de jóvenes socializando fuera de sus casas, pero no se compara con la vida cotidiana callejera de la década del noventa.

[Hoy en día] Pandillas, pandillas, no [hay]. Sí hay barrios, no sé cómo les digan; simplemente aquí en el kinder, pasas en la noche y hay veinte chavalillos, unas chelillas y su cigarrito y, ahí están sin molestar a nadie (...) en varios puntos hay chavillos, pues de entre 15 y 20 hay varios puntos que se juntan, pero ya, por muy grande que veas una bolita, son treinta o cuarenta. (Pollo)

Con el creciente poder de las drogas en el barrio, estos grupos de jóvenes que “no molestan a nadie” son preocupaciones menores para los vecinos.

Relación con la policía

A diferencia de las categorías anteriores, en esta última vemos menos cambios entre las dos generaciones. Había un consenso entre todos los entrevistados que hay que cuidarse de la policía. “Tanto de malandros como de policías te tenías que esconder, traieras o no traieras, lo que fuera ¿no? droga o alcohol, tenías que tener cuidado porque si no traías, te la sembraban,” explicó Wicho para resumir su relación con la policía durante su juventud. Asimismo, en palabras de Flama,

Los policías siguen poniéndose muy muy pasados de lanza, a mí me han parado varias veces y ... yo le dije al oficial, “hola oficial, buenas tardes, ¿por qué me está deteniendo? ¿Alguien me puso una demanda? ¿Estoy haciendo algo incorrectamente o alguna persona dijo que yo la agredí o algo por el estilo?”, “no, es una revisión de rutina”, “pero usted no me puede hacer una revisión de rutina porque eso no existe.” Y me dice, “¿cómo que no existe? Morro pendejo, ¿quieres que te plante algo?”

Para ambas generaciones la policía provoca más miedo que sentido de seguridad; un encuentro con ellos significa ser violentado en distintos grados y no ser capaz de defenderte por temor a represalias: “no puedes hacer nada contra ellos, o sea, tienen la autoridad de robarte” (Pollo). Este miedo colectivo se ha fomentado con traumas de abuso por parte

de las autoridades, como nos relataron con las siguientes anécdotas durante las entrevistas individuales:

...estábamos tomando [en la calle], yo ayudándole ¿verdad?, llega la policía, nos queremos meter a una casa que estaba donde estábamos, pos no, no nos pudimos meter, nos agarraron los policías y a mí me empezaron a golpear horrible. Nos subieron a la patrulla, nos llevaron al manantial a un baldío, y ahí me siguieron golpeando mientras el [Rayas] lloraba pidiéndoles que ya no me golpearan. Nada tontos los güeyes, me ponían las manos en la patrulla, me pisaban las manos, un güey con el tolete en las costillas; no me marcaron nada los pendejos tampoco, pero sí me golpearon un buen rato (...) por ahí el comandante salió con una punta de acero inoxidable con cinta y “a ver güey, ¿de dónde sacaste esto?”, “no pues eso no es mío” y que me seguían golpeando y fue que nos llevaron a la procu. Mi amigo el [Rayas] ya tenía 18 años cumplidos, yo no, yo tenía 16, yo siempre fui el más chico de todos y pues cabrones, hasta me engañaron, “¿Te quieres quedar con tu amigo o ya quieres que te lleven a otro lado?, Tú eres menor de edad, si quieres le pongo que tienes 18 y aquí te quedas con tu compa.” “Ah no, pues sí, ponle que tengo 18”, no me quería quedar solo. Me dejaron hacer la llamada en la mañana y al siguiente día tuvo que ir mi papá con mi acta de nacimiento porque ya me llevaban a la penal, 16 años, por portación de arma blanca, entonces, imagínate ¿no? el tipo de policía que teníamos (Wicho).

Una vez también a uno de mis amigos le pegaron unas cachetadas y yo estaba al lado de él, me estaban basculeando porque habían dicho que parecíamos sospechosos (...) mi compa se les puso rejego y le pegaron unas cachetadas, pero no les dijo nada malo, nomás les dijo “¿por qué me van a revisar?” y ¡pum! Le pegaron un cachetadón y yo me quedé así como de “¡Güey! ¿Qué onda?” y yo si le empecé a gritar al policía (...) “¿Por qué le pega? (...) no está haciendo nada, solo le está preguntando que por qué nos está haciendo la revisión” y ya le dice, “no, cállate, ¡pinche mocoso pendejo!” y luego llega el otro vato jugándole al policía bueno: “es qué mi compañero es bien así, nos los vamos a tener que llevar” y yo: “¡lléveme, las horas que quiera, lléveme, nomás si me va a llevar le pido que ahí

me deje y que me lleve a donde me tiene que llevar y que no me vaya a asustar subiéndome a la camioneta a darme un pinche paseo para tumbarme dinero, si nos va a llevar, llévenos” (Flama).

Mientras todos los participantes tenían historias de enfrentamientos personales con los policías, también parece ser un trauma que se transmite por la endoculturación de una generación a otra. Es decir, en cuanto entran a la adolescencia, los padres advierten a sus hijos que deben cuidarse de los policías. “Dice mi papá: ‘si te vistes de tal forma y te ve un policía, te va a parar sí o sí, por el simple hecho de que vas mal vestido’,” contó Flama. El mismo mensaje les llega de sus pares que ya conocen el abuso policiaco por leyenda o por experiencia propia.

En relación a este hallazgo, se resalta cómo se reduce la población que confía en la policía entre los estudiantes de primaria y los de secundaria en la zona. Según resultados de la encuesta de Percepción Ciudadana de Seguridad aplicada entre mayo y junio de 2019, de los 249 estudiantes de primaria de 10 a 13 años de edad encuestados en el barrio, 95 (38%) reportaron no confiar en la policía, aunque, de este mismo grupo, solo 37 (15%) no confiaban en el ejército (Ayuntamiento de Guadalajara, 2020). La marcada diferencia entre el imaginario de la policía y la guardia nacional se reiteró en la entrevista grupal con la segunda generación:

Sinceramente, por parte de un policía yo no me siento protegido, yo me siento acosado. El ejército aquí anda, anda la Guarda Nacional (...) y ellos te esculcan y no pasa nada si andas tomándote una cerveza, pero, sin embargo, la policía te agarra con una cerveza, eso es de toda la vida, y te quieren quitar dinero... o a huevo, aunque no traigas nada de droga, a huevo quieren encontrarte, o sea, te acosan demasiado la policía.

Respecto a los 328 estudiantes de secundaria de 13 a 16 años de edad que participaron en la misma encuesta en el barrio, 191 (58%) respondieron que la policía inspira poca o nada de confianza (Ayuntamiento de Guadalajara, 2020). En otras palabras, aproximadamente el 20%

de la población deja de confiar en la policía al entrar a la adolescencia. Como resumió Flama, “ya actualmente no se respeta para nada a la policía, les tienen miedo, pero no les tienen nada de respeto, ¿por qué? Porque hacen mal su trabajo, porque se sienten la autoridad, porque sienten que ellos pueden hacer y deshacer lo que ellos quieran.”

Por otro lado, algunos encuestados consideraron que la tensión entre jóvenes y policías se ha fomentado aún más en los últimos años con el aumento de menores de edad involucrados en actividades delictivas. Eso quizá se debe en parte a cambios legislativos durante los últimos años que buscan evitar el castigo punitivo de los jóvenes, como la Ley de Justicia para Adolescentes del Estado de Jalisco, ratificado en 2014. Como explicó el gerente de la zona:

La edad más vulnerable que nos está pegando ahorita no es, no es lo que pasaba en este barrio antes cuando era de jóvenes de entre 18 y 25 años, que había pandillas. Hoy pasa entre muchachitos de 12 a 17 años, 16 años...a la hora que llega la patrulla no se los puede llevar por obvias razones, entonces nada más los corren y la gente se molesta, pero pues no puedes hacer, ya explicando un tema de seguridad, no se puede hacer más con ellos.

Se podría hablar de una deshumanización de ambos grupos por parte del otro. Entre los policías, los jóvenes se catalogan en un imaginario de delincuentes, vagos que se escapan de la justicia con sus actas de nacimiento. Por otro lado, los jóvenes (y los ya-no-tan-jóvenes) consideran que todos los policías son corruptos y hay que cuidarse de ellos. Como argumentó una representante vecinal de la colonia, para que funcione el órgano de policía de proximidad, hay que cambiar el discurso de los padres de familia. Muchos dicen, ‘pórtate bien, o te va a llevar la policía’; pocos dicen, ‘si necesitas ayuda, busca un policía’.

Conclusiones

Los hallazgos de este estudio reiteran el impacto del diseño urbano tanto en la seguridad como en las interrelaciones juveniles. En primer lugar, se notan cómo los múltiples espacios de convergencia vecinal de esta colonia se han convertido en escenarios de disputas y riesgos que

tienen su origen en la distinción y cercana convivencia de diferentes clases sociales. También se resalta el deterioro de muchos espacios públicos, entre algunos procesos de apropiación ciudadana que buscan mantenerlos en buenas condiciones a pesar del descaso gubernamental. Más allá de las tensiones, el diseño urbano ha tenido desdoblamientos productivos como, por ejemplo, la convivencia y el encuentro entre jóvenes. Aunque la inseguridad de los últimos diez años ha mermado esta huella de identidad barrial, las nuevas generaciones sostienen que su colonia sigue siendo un punto importante para socializar con sus pares.

En la década del noventa, el espacio público aparece como un escenario ambivalente: algunos andadores tenían fama por los asaltos, pero otros se identificaron como lugares para jugar, esconderse y escapar de la policía. Hoy en día, ambas generaciones sostienen que no hay forma de resistir a la violencia policial ni la delincuencia. De manera general, infieren que tanto policías como delincuentes contribuyen a la inseguridad del barrio y abusan de su poder para imponer su voluntad, debido al acceso a armas. Por la noche, la colonia enterase vuelve amenazante, sin esperanzas de resistir colectivamente a los riesgos, como se hacía antaño a través de las pandillas.

Las riñas y peleas asociadas con las pandillas representan normas de violencia física que siguen siendo aceptadas por los jóvenes del barrio, debido a las dinámicas de endoculturación y socialización masculina en la colonia. El valor de pelear a puño limpio aún existe, pero responde con menos frecuencia a luchas por territorio. En el pasado, las peleas fueron un modo para tomar acción directa contra los delincuentes, así como para ganar respeto de manera individual o grupal. Por ese motivo, las pandillas funcionaron como un dispositivo colectivo que permitió mantener un control endogámico de la delincuencia, mediante el firme respeto de códigos y reglas propias, elementos culturales de la violencia vinculados con el honor y la masculinidad. La terminación de las pandillas generó múltiples consecuencias para la seguridad en el barrio. En contraposición a la cohesión de estos grupos y de sus motivaciones para contender, hoy se observa, por un lado, la despersonalización y la generalización de la violencia basada en la pérdida del valor de la vida y la intensificación de la crueldad. Por el otro, predominan riesgos impulsados por razones individualizantes, como la adicción, que se expresa en los asaltos por parte de consumidores y que contrastan con el motor colectivo y de arraigo barrial de la cultura de la violencia de las pandillas.

Como hemos demostrado, ambos grupos generacionales identifican como amenaza al

crimen organizado y el tráfico de drogas, que ha acarreado el incremento en adicciones, así como asaltos en la zona. En vez de reconocerse como un problema de salud pública, el creciente poder del cristal en el barrio intensifica el estigma contra los jóvenes. Esto nos recuerda la tendencia general de ver a los jóvenes en relación a los delitos que protagonizan y no en función de los abusos y problemáticas que los aquejan.

Sostenemos que los conflictos entre jóvenes y policías se basan en un trauma heredado por la endoculturación entrando en la adolescencia, es decir, padres que enseñan a sus hijos temer a la policía, partiendo de sus propias experiencias de tortura y abuso a mano de estos ‘servidores públicos’. Estos miedos, reales e imaginarios, de aquellos que imponen un control sobre el espacio barrial, deben ser considerados en los esfuerzos de las políticas públicas que intentan promover cambios y renovaciones en los cuerpos de seguridad con elementos como los ‘policías de proximidad’. Hay que reconocer que las nuevas generaciones cargan con una lectura vivencial de violencias y vejaciones del pasado.

Frente a la evidencia recaudada, el discurso de los medios y los políticos que explica los altos niveles de delitos graves como confrontaciones entre delinquentes, “matándose entre sí”, es insuficiente. Falta tomar en cuenta que este imaginario que se llama ‘la plaza’ tiene otros desdoblamientos, y representa la fuente de las drogas responsables por tantos asaltos a transeúntes, la absorción o exterminación de las pandillas conformadas por jóvenes vecinos que controlaban los delitos cometidos dentro de su territorio y defendían el barrio de extraños, el abandono de espacios públicos y el miedo colectivo que detiene a la resistencia y la convivencia organizada. Frente este panorama, el estudio espera contribuir a la discusión sobre la pérdida del control barrial por parte de las pandillas y el modo en que esto ha trastocado el tejido social y transformado las culturas juveniles. Es indispensable observar, por un lado, las implicaciones multidimensionales de la expansión del tráfico de drogas ilegales, y entenderlo como una forma de violencia particularmente devastadora de la última década, que ha destruido a las comunidades, acelerando el deterioro de la seguridad y la calidad de vida de los barrios. Por el otro, es necesario entender los factores que protegen y vulneran a los jóvenes del reclutamiento por organizaciones criminales, y cuestionar ¿qué se está haciendo para reducir las violencias estructurales que empujan a los jóvenes hacia la delincuencia organizada? Y ¿de qué manera el fácil acceso a una economía del tráfico ilegal y del consumo de drogas, impacta en las decisiones de vida de las nuevas generaciones?

Referencias

- Ayuntamiento de Guadalajara. (2020). Encuesta de Percepción Ciudadana de Seguridad.
- Brito Da Motta, A. (2010) A atualidade do conceito de gerações na pesquisa sobre o envelhecimento. *Revista Sociedade e Estado*.25(2), 225-250
- Centros de Integración Juvenil(CIJ) (2019). Reporte Jalisco. Dirección de Investigación y Enseñanza, Subdirección de Investigación, Sistema de Información Epidemiológica del Consumo de Drogas. <http://www.cij.gob.mx/patronatosCIJ/pdf/Jalisco.pdf>
- Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (CONAPRED). (2018). *Encuesta Nacional sobre Discriminación 2017: Prontuario de resultados*. http://www.conapred.org.mx/documentos_cedoc/Enadis_Prontuario_Ax_1.2.pdf
- Consejo Estatal Contra las Adicciones en Jalisco. (CECAJ). (2020) Resultados SISVEA 2020, Jalisco. <https://cecaj.jalisco.gob.mx/sites/cecaj.jalisco.gob.mx/files/sisvea2020.pdf>
- Colin, C. (2021). Nostalgias barriales: Diferencias generacionales en tres barrios de Valparaíso. *Revista de Sociología*, 36(1), 25–40.
- Demoscópica México. (2021). Informe de resultados. Encuesta sobre Percepción de Seguridad Ciudadana en el municipio de Guadalajara, Jalisco.
- Durin, S. (2019). *¡Sálvese quien pueda! Violencia generalizada y desplazamiento forzado en el noreste de México*. México: Publicaciones de la Casa Chata.
- Imbusch, P., Misse, M. y Carrión, F. (2011). Violence Research in Latin America and the Caribbean: A Literature Review. *International Journal of Conflict and Violence*5(1), 87-154.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2015). Estadísticas a propósito del día internacional de la juventud. Datos Nacionales. <http://www.inegi.org.mx/saladeprensa/aproposito/2015/juventud0.pdf>.

- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2018). *Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (ENADID)*. https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/enadid/2018/doc/nota_tec_enadid_18.pdf
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2021). Encuesta Nacional sobre Seguridad Urbana (ENSU). <https://www.inegi.org.mx/programas/ensu/>
- Marcial, R. (2016). Jóvenes, violencias y 'barrios' en la capital Jalisciense. Alfredo Nateras Domínguez (coord.). *Juventudes sitiadas y resistencias afectivas*. México: UAM-Gedisa.
- Marcial, R. y Vizcarra, M. (2017). *Puro Loko de Guanatos: Masculinidades, violencias y cambio Generacional en grupos de esquina de Guadalajara*. Guadalajara: Grafisma Editoriales.
- Strickland, D. (2019). Jóvenes, violencia y miedo. La (in)seguridad en el Cerro del Cuatro. El Colegio de Jalisco.
- Van der Weele, J.J., Flynn, M.P., y Van der Wolk, R.J. (2017). Broken Window Effect. In A. Marciano, & G. B. Ramello (Eds.), *Encyclopedia of Law and Economics* New York: Springer.

Agradecimientos

Las autoras agradecen a Lourdes Centeno, Liliana García y María González, por ser parte del equipo de investigación, colaborando, particularmente, en el desarrollo de los talleres participativos, así como con la sistematización y análisis de datos.

